

que crea que imagino,  
que te hablo á ti.

VIVERO.

Sacarle determino,  
Padilla, desta suerte,  
si á mi Isabel adora, ó con su muerte  
asegurar desvelos.

PADILLA.

Valiente es, pero más lo son los celos;  
daréle de tu dama  
el fingido recado, pues si la ama  
fuerza es que sentimientos  
manifiesten ocultos pensamientos,  
que gatos y celosos desatinos  
despiertan con sus quejas los vecinos.

(Sale don Fernando.)

VIVERO.

Este es sin duda.

PADILLA.

Sea.

VIVERO.

Aquí me aparto, porque no me vea.  
Padilla, sé discreto  
y averigua, ingenioso, este secreto;  
que si sirve á la dama de mi prenda,  
señor puedes llamarte de mi hacienda.

(Retirase.)

#### ESCENA XVI

DON FERNANDO, luego PADILLA.

FERNAN. Las once el reloj ha dado;  
ya vendrá mi opositor;  
qué poco duerme el amor  
con sospechas desvelado.

(Llégase Padilla embozado y habla á don Fernando.)

PADILLA. Don Gonzalo de Vivero:  
doña Isabel, mi señora,  
como los celos no ignora  
que os ha dado el forastero,  
me previno á que saliese  
á este sitio á aseguraros;  
¡harto se holgára de hablaros!  
más si su huésped viniese,  
que aguardan para cenar,  
ocasionará malicias;  
mándame que os pida albricias,  
y bien me las podéis dar,  
porque se parte mañana  
el estorbo que teméis.  
Si de su boca queréis  
informaros, la ventana  
frecuentada os dará audiencia,  
volviendo antes que se ría  
la aurora, madre del día.  
Añadid á la paciencia  
que hasta ahora habéis tenido  
la que os pide hasta este plazo,  
que harto siente el embarado  
que estas noches ha impedido  
el hablaros, pues sin vos

no hay cosa que la consuele:  
ya sabéis por donde suele  
hablaros; volved y adiós.

(Vase.)

#### ESCENA XVII

DON FERNANDO.

De inadvertido tercero  
se fió esta vez el amor;  
basta, que mi opositor  
es don Gonzalo Vivero.  
¡Ah, cielos! no tan severo  
quisiera yo el desengaño;  
pues aunque cure este engaño  
mi perdida libertad,  
tal vez en la enfermedad  
hace el remedio más daño.  
¡Amor! ¿Celos al partirme?  
¿Desengaños por la posta?  
¿Qué mala ayuda de costa  
para poder divertirme!  
¿Qué bien hice en resistirme!  
¿Qué mejor en recelarme!  
¿Qué cuerdo en no declararme!  
¿Qué ignorante en detenerme!  
¿Qué infeliz en ausentarme!  
Privilegiada creía  
de amor la honesta beldad  
que amé, pero en esta edad  
con ellas nace y se cria.  
Crear que hay plaza vacía  
en bellezas con sazón,  
es ignorante opinión:  
pretendan amantes tiernos  
en damas, como en gobiernos,  
le futura sucesión.  
Yo dejaré malograda  
mi memoria inadvertida  
como prenda que se olvida  
al salir de la posada.  
Doña Isabel obligada  
á don Gonzalo, ha deshecho  
máquinas que, sin provecho  
ni locura edificó,  
que amándola antes que yo,  
no he de usurparle el derecho.

#### ESCENA XVIII

Sale VIVERO.—Dicho.

VIVERO. (Aparte.) Con mis intentos salí,  
mis dudas certifiqué,  
sus querellas escuché,  
su discreción advertí;  
sentenciado ha contra sí:  
la razón me favorezca  
sola esta vez. No os parezca

(Llégase á don Fernando.)

que descuidado ó cobarde  
os vengo á buscar tan tarde.  
FERNAN. No lo es mientras no amanezca,  
si bien primero que vos  
cierto desengaño vino,  
que siendo nuestro padrino  
en paz nos puso á los dos.  
Don Gonzalo de Vivero,

de cierto aviso he sabido  
que queréis y sois querido;  
y en esta parte prefiero  
la justa acción que tenéis,  
porque yo (puesto que amante  
de vuestra dama) ignorante  
del favor que poseéis,  
aunque os fui competidor,  
hasta este punto no he dado  
indicios de mi cuidado,  
ni he merecido favor  
de que poderme alabar  
que me haya á vos antepuesto.  
Pero tengo, fuera de esto,  
algunas quejas que os dar:  
que el noble favorecido  
de su prenda, tan sin tasa,  
que á las rejas de su casa  
cada noche es admitido,  
con damas de jerarquía  
como la que vos servís,  
mientras que ni veis ni oís  
desdoras, no es cortesía  
ni fineza de discreto  
arrojaros á creer  
della lo que pudo ser,  
ni aún lo que es, si está secreto;  
ni mientras tuvisteis della  
imaginación tan vana  
la sospechasteis liviana  
que sobró para ofendella;  
y la mujer principal  
que recatada y honesta  
su voluntad manifiesta  
á quien se la muestra igual,  
es, la vez que se declara,  
tan á fuerza de rigores,  
como afirman los colores  
que amanecen en su cara.  
Esta ofensa es suya y mía  
porque contra la elección  
que hizo en ella mi afición,  
sospechasteis que podía  
inconsiderado amar,  
llevado de su hermosura,  
dama tan poco segura  
que se pudiese mudar.  
Ofenderla y ofenderme  
son dos delitos en uno,  
pero no es tiempo oportuno  
este de satisfacerme,  
que quiere ya amanecer  
y os espera vuestra dama  
donde otras veces mi llama  
(que no llegó á merecer  
lo mucho que envidio en vos)  
quiere servirla hasta en esto,  
habladla, que en este puesto,  
en vez de reñir los dos,  
he de alcanzar con su hermano,  
puesto que hoy he de partirme,  
que vuestras dichas confirme  
y os dé de esposa la mano.  
Puesto que en todo bizarro,  
don Fernando generoso,  
intentéis salir airado,  
celos del valor, Pizarro,

más que de doña Isabel  
mudaron los de mi amor,  
ya yo os soy competidor,  
no en la dama sino en él.  
Ni doña Isabel me espera,  
ni el recado, que en mi nombre  
os dieron suyo, os asombre;  
que todo esto fué quimera  
de mi sospecha inventada  
para averiguar la prenda  
que adoráis, ni esto os ofenda,  
ni la victoriosa espada  
enmiende temeridades  
ya reformadas en mí;  
los hidalgos brazos sí  
que eternicen amistades.  
Restauraos á la esperanza  
que mi envidia os malogró;  
que no he de competir yo  
con quien en todo me alcanza;  
vos supisteis merecerla,  
en las fiestas obligarla,  
en los peligros librarla,  
en la opinión defenderla;  
vos reprimis mis pasiones,  
yo me doy por convencido,  
que más fama han adquirido  
que las armas, las razones.  
Al Pirú he de acompañaros,  
esto habéis de concederme.

FERNAN. Si cortés queréis vencerme,  
amigo, intento imitaros:  
hoy habéis de ser esposo  
de doña Isabel, por Dios.

VIVERO. ¡Vive el cielo, que si en vos  
(con los demás generoso)  
falta esta virtud conmigo,  
que aquí me habéis de quitar  
la vida; ya no sé amar,  
ya en vuestra milicia sigo  
las armas, que el ocio infama,  
ó darme muerte ó seguiros.

FERNAN. Con la vida he de servirlos,  
y...

VIVERO. No digáis con la dama,  
que esa os toca de derecho.

FERNAN. Ya mi camarada os nombro.

VIVERO. Con tal blasón seré asombro  
del nuevo mundo; esto es hecho:  
amaneció con el día  
la dicha que apeteci.

(Tocan á marchar.)

¿qué es esto?

FERNAN. Vendrá por mí  
marchando la compañía,  
que, con otras, por mandado  
del César, mandé alistar.

VIVERO. ¿Luego, hoy habéis de marchar?

FERNAN. Tengo el tiempo tan tasado,  
que es fuerza que de esta villa  
salga al punto. Preveniros  
podéis despacio, y partiros  
á la posta, que en Sevilla  
os aguardaré, si acaso  
no mudáis de parecer.

VIVERO. Ni á Olmedo tengo de ver,  
ni apartarme un solo paso

de vos; joyas y dineros traigo, que es la prevención de más provecho y sazón.  
 FERNAN. Siendo los dos compañeros, todo cuanto yo poseo por dueño propio os tendrá.  
 (Tocan, y sale Castillo.)

## ESCENA XIX

DICHOS y CASTILLO.

CASTIL. Deseosa la gente está de marchar.  
 FERNAN. Pues su deseo cumplamos; mas despedirme de don Alonso, es precisa obligación.

## ESCENA XX

Sale DON ALONSO DE MERCADO.—DICHOS.

MERCAD. ¿Tan deprisa, don Fernando, sin decirme el cuándo? Este disfavor las leyes de agravio excede.  
 FERNAN. Deudor que pagar no puede, la cara huye al acreedor. Así, excuso sentimientos de partirme y de dejaros.  
 (Salen á una ventana doña Isabel y doña Francisca.)  
 MERCAD. Mis hermanas han de daros quejas justas, y escarmentos al amor que os han tenido; á la ventana os están culpando.  
 FERNAN. (Hácelas cortesías.) Disminuirán querellas, si han advertido que volviéndolas á ver, la jornada han de estorbarme; porque hablarlas y ausentarme ¿cómo, amigo, podrá ser?  
 MERCAD. Para todo halláis salida; no sé qué regalo os hacen, si los cortos satisfacen, de ropa blanca (en partida tan breve, nunca se labra lo que la obligación pide) pero como no se olvide su amor y vuestra palabra, desvelaránse las dos por gozar vuestra venida.  
 FERNAN. Quien bien quiere tarde olvida; adiós, caro amigo.  
 MERCAD. Adiós.

## JORNADA SEGUNDA

## ESCENA PRIMERA

Tocan á guerra cajas y clarines, batalla dentro y fuera entre indios y españoles. Sale DON FERNANDO con rodela y espada desnuda.

FERNANDO.  
 ¡Ea, valor de España; asombro de la envidia,

ésta es, sin ejemplar, única hazaña, más gloria ha de ganar quien con más lidia! Trescientos mil y más son los contrarios, menos somos nosotros de trescientos, ya están, en ordinarios asaltos semejantes, los alientos de vuestro esfuerzo heroico acostumbrados á ejércitos vencer desbaratados.

## ESCENA II

Sale DON GONZALO PIZARRO del mismo modo.—DICHOS.

GONZALO PIZARRO.

Aunque la tierra brote más que yerbas bárbaros atrevidos; aunque las nubes lluevan multitudes, sus cervices protervas, sus arcos presumidos, trofeo han de ilustrar nuestras virtudes. Pizarro soy, ¿qué importa que infinidades vengan, que en el Cuzco imperial sitiados tengan trescientos mil á menos de trescientos? Mil nos caben por uno; ojalá que añadiera la fama, por crecernos nuevas famas, más bárbaros que arenas á Neptuno en su cerúlea esfera su piélago, que espumas y que escamas faltara de esta suerte papel á las historias, plumas á las victorias y vidas que quitar después la muerte.

## ESCENA III

Sale DON JUAN herido en la cabeza.—DICHOS.

JUAN.

La sangre de esta herida de modo me acrecienta el valor, el esfuerzo, los deseos que á gota cada vida de idólatras vencer mi fama intenta. Cuidadoso interés de mis empleos ¡oh, invicto don Fernando! ¡oh, Gonzalo, blasón de Extremadural mi espada, vuestros hechos envidiando, os intenta imitar; más ¡qué locura pretenderme igualar á los bizarros alientos que hoy he visto en vuestro acero, si de cuatro Pizarros soy el menor hermano!

FERNANDO.

Y el primero, en el valor, de todos, laurel de España, triunfo de los Godos.

GONZALO PIZARRO.

Don Juan ¿estáis herido?

JUAN.

Un dardo arrojado en la cabeza probar ha pretendido si soy mortal; no es nada.

FERNANDO.

Fortaleza, don Juan, que no acompaña la cordura no es fortaleza, llámase locura. Retiráos porque os cure el cirujano.

JUAN.

¿Qué es retirar ahora?

GONZALO PIZARRO.

Mirad que os desangráis.

JUAN.

Soy vuestro hermano, sangre en mis venas suficiente mora; apretadme este lienzo, que harta me sobra si con ella venzo.

FERNANDO.

Haced, Juan, lo que os digo.

JUAN.

¿Qué cura pueden darme cuando con tanta suma el enemigo nos intenta oprimir? ¿Qué han de aplicarme si aquí la plaza de armas es botica, la cama el arrimarse al muro ó pica, y ungüentos contra flechas y lanzadas enjundias de los muertos que quemadas y en hilas embebidas antes crecen que curan las heridas?

FERNANDO.

Don Juan, vuestra persona importa al César más que mil soldados, añadid este imperio á su corona; los ímpetus con tiento sazonados, pintan á las hazañas la obediencia, que no hay victorias donde no hay prudencia. Retiráos á curar.

## ESCENA IV

Sale DON GONZALO VIVERO.—DICHOS.

VIVERO.

Pizarros fuertes, guardad para ocasión más acertada las vidas que amenazan vuestras muertes, si hoy no hacéis una bella retirada. El Inga rebelado, de la sierra que en los Andes el paso al viento cierra, marcha con tres ejércitos, y en ellos cuando contar su multitud intenta se pierde la aritmética en la cuenta. La fortaleza que del Cuzco asilo de todo el orbe asombro, avergonzó pirámides al Nilo, y como Atlante al cielo arrima el hombro, ganó el bárbaro fiero. Doscientos mil la guardan y presidian; trescientos sois, no más, y aunque os envidian los nueve de la Fama, vuestro acero intentará imposibles contra tantos ocasionando la piedad á llantos.

FERNANDO.

Vivero valeroso, ¿ese es consejo digno de la fama

COMEDIAS DE TIRSO DE MOLINA.—TOMO I

que vuestro pecho alienta generoso? ¿Que huyamos, nos decís, cuando nos llama sangre española, varonil denuedo? ¿Vos de Castilla sois? ¿Vos sois de Olmedo? ¿Qué recelo el valor os descamina? Acordaos que en Medina tuvisteis las victorias, que ganaron los que este Imperio al César conquistaron, por deslucida hazaña, y el blasonar España, vencer gentes desnudas y sin ropa, cuando lo sospechábades, de estopa. ¿Cómo, pues, en tal lance ¡oh gran Vivero! si son de estopa los teméis de acero?

VIVERO.

Yo, don Fernando ilustre, no temo, no recelo, no rehusó, dar á mi patria lustre, desde que el cielo y la amistad me puso á vuestro invicto lado, y en la milicia soy vuestro soldado. Un año ha, que el gobierno del Cuzco moderáis: ¡ojalá eterno en vos se perpetuara! Un año también ha, que el Indio ciego ni en pérdida repara ni sabe descansar, pues Troya al fuego de sus flechas, de noche, arrojadas ya la que fué ciudad, yace cenizas. Cuántas veces la luna, recién nacida en plateada cuna, nos la muestra el mes nueva, rebelde el Inga su fortuna prueba y granizando de esas formidables sierras, que el cielo intiman obeliscos, llueven diluvios, bárbaros sus riscos, de gentes, si en la suma innumerables, en su tesón constantes, de tal suerte, que lo menos que temen es la muerte. Diga la fama la atención, la envidia si mientras vuestro brazo vence y lidia, yo inseparable á vuestro airoso lado me podré blasonar vuestro soldado. Luego no es temor este, es experiencia que me supo enseñar vuestra prudencia.

FERNANDO.

Valeroso Vivero, sabio argüis y peleáis guerrero. Mas cuando se aventura la fama, el retirarse no es cordura. El Marqués don Francisco, que está en Lima, me fió esta ciudad y está á mi cargo; si después del peligro y sitio largo que un año hemos sufrido, el Inga ve, que de temor infame, á Lima hemos huido, ¿qué maravilla que después derrame arrogancias, y haciéndose insolentes los indios, se prevengan, y el ánimo español en poco tengan, con que añadiendo al daño inconvenientes y haciéndose la empresa más terrible restaurarla después nos sea imposible? ¡No hermanos, no Vivero! morir por la honra y por la fe primerol

JUAN.  
Eso es lo que yo digo.  
¡Al asalto, famoso don Fernando,  
crezca en la multitud nuestro enemigo,  
no en la fortuna que te está adulando!  
Volvamos á ganar la fortaleza.

TODOS.  
¡Al asalto, al asalto!

FERNANDO.  
Esa es fineza  
de Extremadura sola.  
¡Al asalto, señores,  
que si hasta aquí triunfantes vencedores,  
la fortuna esta vez es española!  
Don Juan, en la cabeza una celada  
ampare vuestra vida.

JUAN.  
Dolerá con su estorbo más la herida.  
¡Al arma, al arma amigos;  
hazañas de unos y otros sean testigos  
del esfuerzo invencible castellano!

FERNANDO.  
Hálleos el Marqués (aunque es mi hermano)  
de suerte victoriosos  
que tenga envidia.

GONZALO PIZARRO.  
Amigos valerosos,  
inmortalíceos hoy la justa guerra.

UNOS.  
¡Santiago!

OTROS.  
¡Al asalto!

TODOS.  
¡España cierra!

(Peléanse otra vez.)

## ESCENA V

Salen Inga y algunos indios con arcos y flechas.

INGA.  
Si mi inmenso padre el Sol,  
si la soberana Luna,  
mi madre, si la fortuna  
parcial al nombre español  
dejasen hoy de ayudarme,  
hoy que tal ocasión tengo,  
hoy que en el Cuzco prevengo  
victorioso coronarme,  
dudaré de su deidad,  
creeré que estos españoles  
son, contra el Sol, muchos soles  
que eclipsan su claridad.  
La fortaleza (prodigio  
del mundo, en cuyos cuidados  
todos mis antepasados,  
desde el primero vestigio,  
levantaron hasta el cielo,  
pues su cabeza imperial  
de la Luna pedestal  
osa á su globo su vuelo)  
es ya mía; conquistóla

mi fogosa juventud,  
la lealtad, la multitud,  
contra la fama española.  
Acabe yo de arrancar  
estas reliquias pequeñas,  
estas Pizarras, ó peñas,  
hijos abortos del mar;  
ponga yo por timbre y orla  
las armas que en ellos busco,  
vuelva á coronarme el Cuzco,  
ciña mis sienes su borla.  
Tres ejércitos combaten  
por tres partes, la pequeña  
cantidad de hombres, que enseña  
en cada cual muchos Martes;  
ciento dellos, en cada una  
contra cien mil, mis vasallos  
á soplos pueden matarlos.  
¡Inclito Sol, madre Luna,  
no les deis vigor, ni aliento!  
¿Trescientos mil? Aunque fueran  
hormigas los consumieran;  
más aristas lleva el viento,  
más flores á la guadaña  
rinden de un golpe los cuellos.  
¡Mis indios, al arma, á ellos!

(Dentro.) ¡Santiago, cierra España!  
¡Emprended fuego en las casas  
con armas arrojadizas!  
En el Cuzco son pajizas;  
resuélvanse, pues, en brasas,  
no haga el incendio distinto  
el sexo, que el rigor priva.

(Dentro.) ¡Viva el Inga!

UNO. (Idem.) ¡Venza y viva!

MUCHOS. (Idem.) ¡Viva el César Carlos quinto!

OTROS. (Idem.) ¡Viva el César Carlos quinto!

INGA.  
Al cielo las llamas llegan;  
diluvios de fuego son;  
los gritos, la confusión  
y el humo turban y ciegan;  
hasta las esferas sumas  
laman llamas las estrellas.  
¡Oh, si muriesen en ellas  
los hijos de las espumas!  
Los Viracochas expulsos  
por no sufrirlos el mar.  
¿Hasta cuándo han de triunfar  
formidables sus impulsos?  
¡Ea, mis indios leales,  
aquí el valor, aquí el celos!  
Un Viracocha del cielo  
con milagrosas señales  
llegó atropellando nubes  
sobre un bruto que, de nieve,  
es rayo en lo airoso y leve.

(Baja de una nube sobre un caballo  
blanco Santiago armado como le pintan,  
y huyendo los indios.)

¡Oh, tú que bajas y subes  
y vestido de metal  
que cual plata resplandece  
y España en minas ofrece  
para nuestro fin fatal!  
¿quién eres que, todo luz,  
tan pasmoso estrago has hecho?  
¿quién eres tú cuyo pecho  
rubí y grana honra la cruz?

¿quién eres tú, que estoy ciego  
y absorto de ver tu estrago?

(Desapárese el Apóstol.)

TODOS. (Dentro.) El Apóstol Santiago  
nos da favor.

INGA. Todo el fuego  
que el Cuzco empezó á encender,  
ya ineficaces sus brasas,  
volando sobre las casas  
va apagando una mujer.

(Nuestra Señora, con una limeta de  
agua, se aparece rociando las llamas y  
volando por encima de los muros.)

Su resplandor, su belleza  
deidad soberana arguye,  
á su hermosa presencia huye  
el fuego, á su fortaleza;  
reconocido el Sol mismo  
tiembla de ver su arrebol.  
No es sol ya con ella el sol,  
que esta es de luces abismo;  
esta que Aurora se ensalza,  
que en las armas es Belona  
que de estrellas se corona,  
que sol viste y luna calza;  
enfrena los elementos,  
postra ejércitos armados,  
afemina mis soldados,  
llamas hiela y pisa vientos.  
Huir, mis indios, huir,  
que no hay multitud que asombre  
á un hombre solo (si es hombre  
quien aires sabe medir),  
á una mujer que, sin alas,  
paloma cándida vuela,  
águila imperial asela,  
sacre pone al cielo escalas.  
¡Ah, Sol cruel! ¿Este pago  
es bien que tu hijo reciba?

(Vase.)

(Dentro.) ¡La Virgen Aurora viva!

UNOS. (Idem.) ¡Viva el Apóstol Santiago!

OTROS. (Desapárese Nuestra Señora.)

## ESCENA VI

DON FERNANDO Y DON GONZALO PIZARRO:  
luego DON GONZALO DE VIVERO

FERNAN. Con socorro tan feliz  
¿qué teme España leal  
si al Cuzco, corte imperial,  
socorre una Emperatriz?  
Rinda la torpe cerviz  
el idólatra, pues tantas  
maravillas vemos, santas,  
Virgen en tu protección,  
que no es nuevo que el dragón  
sirva escabel á tus plantas.  
Huya el voraz elemento  
su presencia consagrada,  
como el bárbaro la espada  
que Marte vibra en el viento,  
salió el rayo y fué instrumento  
del triunfo, que Dios predijo,  
pues Diego del trueno es hijo  
que el celo de España aprueba,  
y hoy en milagro renueva

G. PIZ. las victorias de Clavijo.  
Dedíquese á tu alabanza  
este Orbe ¡oh gran protector,  
pues capitán pescador  
truecas la caña en la lanza;  
anime nuestra esperanza  
la Aurora del sol suprema;  
que, á pesar de la blasfema  
canalla, Diego y María,  
ésta, nieve, el fuego enfria,  
rayo aquél, bárbaros quema.  
¡Gran milagro!

FERNAN. No habrá duda  
desde hoy, contra envidia tanta,  
de que esta conquista es santa,  
pues Dios nuestra empresa ayuda;  
que para que quede muda  
la lengua del que se atreve  
á decir, torpe y aleve,  
que injustamente poseemos  
este imperio, ya tenemos  
fe que lo contrario pruebe.  
No ayuda á la tiranía  
Dios, que á la inocencia ampara;  
luego nuestra acción es clara,  
pues su Madre nos la envía.  
Si arguyere la herejía  
del holandés rebelado  
contra esto, del cielo armado  
Diego (asombrando sus ejes)  
con llamas castiga herejes,  
que es inquisidor soldado.

(Sale don Gonzalo de Vivero.)

VIVERO. No sabe venir el gozo  
sin pensiones de pesares;  
templó el cielo con azares  
el nuestro (¡triste destrozol);  
murió el más gallardo mozo  
de la primavera humana;  
murió Juan Pizarro (¡oh vana  
esperanza de los hombres!)

FERNAN. Ni te entristezcas ni asombres  
de quien lo que pierde gana.  
Juan, todo valor y celo,  
en el mundo no cabía,  
esta victoria le envía  
por su embajador al cielo.  
Gué el católico vuelo,  
sin que envidie á Elías el carro,  
y en sus esferas, bizarro,  
muestre con lauros segundos  
que como acá nuevos mundos  
conquista cielos Pizarro.

VIVERO. Asaltó la fortaleza  
sin admitir la celada,  
y partióle, desarmada,  
medio risco la cabeza.

G. PIZ. Si quien á la fe endereza  
sus acciones y dedica  
la sangre que califica  
á la ley que le ennoblece,  
nombre de mártir merece.  
Juan sus triunfos sacrifica.  
No con tristezas estorbes,  
Vivero amigo, sus medras;  
Esterban fué, entre las piedras,  
protomártir de los orbes.

Muerte, aunque las vidas sorbes,  
no la fama, no el valor;  
Juan, en conquista mayor  
y en fe de lograr su suerte,  
piedras en rubies convierte  
coronado vencedor.

FERNAN. Vamos, y al cadáver demos  
festivas aclamaciones,  
no arrastrándole pendones,  
no las cajas destemplemos;  
con aplauso le enterremos,  
que es el más debido pago  
con que su fe satisfago,  
pues con más noble trofeo  
para su milicia, creo  
que le escogió Santiago. (Vanse).

## ESCENA VII

GUAICA, india, y CASTILLO.

GUAICA. Pídemelo que quisieres  
y déjale con la vida.

CASTIL. No te canses.

GUAICA. Si ofendida  
me dejas, si con mujeres  
no eres cortés ¿qué blasona  
tu generosa nación?

CASTIL. Juzgarasme requesón  
por lo blando de corona.  
No hermana; de las almenas  
echó un risco, no sé quién,  
sobre Juan Pizarro... (Llora ella).

GUAICA. ¿Que me enternezcan tus penas?  
Muerto el joven más valiente  
que de España vió el Pirú,  
(llorona de Belcebú)  
¿cómo podré ser clemente?  
en la cabeza le hirieron;  
murió en él la gentileza;  
no ha de quedarme cabeza  
de cuantas se le atrevieron,  
que esta tarde no herodice.  
Fuera toda petición,  
toda gesticulación,  
todo llanto doralice,  
pues no me cupo del saco  
sino las vidas que quito;  
éste es general delito,  
hermosa, fondo en tabaco,  
no me arrumaques, que el perro  
de tu cacique galán  
ha de morir.

GUAICA. ¿No podrán,  
(alma de bronce, de hierro,  
de diamante, alma de risco)  
contigo llantos? ¿No ruegos? (Llora).

CASTIL. ¡Oh, tengas los ojos ciegos  
pedigüeño basilisco!  
Pon á tus congojas calma;  
cese (limitando enojos)  
el aguavá de tus ojos  
que me salpican el alma.  
Ya soy piadoso, ya humano,  
no liores más ¡pesa á tall  
que en cada ojete ú ojal  
pasa mi amor un pantano;

no lloviznes, no des gritos,  
que á ver Madrid tus ojos  
celebrara en tus dos ojos  
dos fuentes de Leganitos.  
El indio que patrocina  
¿es tu marido?

GUAICA. Serálo.

CASTIL. ¿Bodas de futuro? ¡Malol  
con celos me desatinas.  
¿Estás intacta?

GUAICA. No entiendo.

CASTIL. ¿Si estás ilesa, incorrupta,  
ó el consonante de fruta  
te meretriza?

GUAICA. Pudiendo  
hablarme claro ¿por qué  
vocablos oscuros usas?

CASTIL. Han dado en esto las musas  
castellanas.

GUAICA. Ya yo sé  
tu lengua, porque servi  
á un español más de un año.

CASTIL. ¿Uno y doncella? Es engaño.

GUAICA. Mi honestidad defendi,  
bien que mi dueño intentó,  
con regalos y ternezas,  
obligarme á sus finezas.

CASTIL. Si un año te finezó,  
serás racimo en la parra,  
que aunque á la apariencia sano,  
llega el tordo y pica un grano;  
llega el paje y otro agarra;  
y el matrimonio espantajo,  
por más que en su guarda vele,  
de puro picado, suele  
hallar sólo el escobajo;  
que entre melindres ariscos  
dicen que dispensan miedos  
mordiscones de los dedos  
que llama el vulgo pelliccos.  
Consíenteme, si á tu amante  
redimes la vejación,  
que siendo yo el postillón  
corra la posta delante;  
que en negando á pies juntillas  
degollación ha de haber.

GUAICA. No querrás de una mujer,  
¡oh, español! que de rodillas  
su honestidad te encomienda,  
ser lascivo violador.  
¿Rescatarle no es mejor?  
Cien barras vale mi hacienda,  
tu incendio, ilícito, aplaca  
que yo te haré dueño della.

CASTIL. ¿Cien barras? ¡Oh, la más bella  
Ínga, Cazica, Curaca,  
Mametoya, Palca, Chica!  
¡Oh, serafín noguerado  
que, parienta del Tostado,  
al sol te tostó mi dicha!  
¿Son las barras de oro?

GUAICA. Y puro;  
mil pesos vale cada una.

CASTIL. Tú eres el Sol, tú la Luna:  
¿Cien mil pesos? Compro un juro,  
un mayorazgo opulento  
que me ensanche el *coranvobis*

ó para el *vobis vobis*,  
*vita bona*, un regimiento.  
A cargas el chocolate;  
y dos coches echaré  
que es el *venite post me*  
de toda dama tomate.  
¿Dónde está lo barretudo?

GUAICA. Guardado está en ese pozo,  
que viendo nuestro destrozo,  
la prisa y miedo no pudo  
en otra parte esconderlo.  
¿Y está el pozo en seco?

CASTIL. Sí.

GUAICA. ¿Podré atisbarlo de aquí?

CASTIL. Si te asomas podrás verlo.

GUAICA. Pues si te amaba, primero,  
haz cuenta (ya á lo seguro)  
que mi amor fué vino puro  
y dió con el tabernero;  
aguó mi incendio ese pozo;  
tu amante te doy por él.  
Eres honesta, eres fiel.  
¡No me cabe dentro el gozo!  
Deja que á verle me asome,  
que luego tu indio vendrá  
y á sacarlo bajará.  
El barreamiento me come  
más que usagre, y se me agarra  
del alma. ¿Cien barras? ¿Ciento?  
entraré en mi Ayuntamiento  
hinchado de barra á barra.

(Asómase y cógele por los pies y héchale dentro).

Mientras no soy su mirón...  
¡Me muero! ¡No puedo más!  
¡Ay, que me ahogo!

GUAICA. Allí irás  
con toda la maldición.  
Busque el oro tu codicia,  
que no has de hallar, pues te infama,  
apague el agua la llama  
de tu insaciable avaricia;  
y libre al amante mío  
la industria de mi poder,  
que el ingenio en la mujer  
suple las armas y el brío. (Vase.)

## ESCENA VIII

Salen PEÑAFIEL, CHACÓN, que saca una soga, GRANERO y SOLDADOS. CASTILLO luego.

PEÑAF. Ahora, Chacón, que están  
capitanes y soldados  
en el entierro ocupados  
del malogrado don Juan,  
y que los indios huyeron  
(nunca acá vuelvan, amén)  
que partamos, será bien,  
las barras que nos cupieron,  
y las piezas de oro y plata  
en el saco de esta fuerza.

CHACÓN. Como la codicia esfuerza  
y en las Indias nadie trata  
de pelear y vencer  
sino por volver á España  
(á costa de tanta hazaña)

rico, y vivir á placer;  
porque lo que hemos pillado  
se escapase del montón,  
(que en común repartición  
al cobarde y esforzado  
no hace el premio distintos)  
ni don Fernando ordenase  
cual suele que se sacase  
lo que al Rey le toca en quintos,  
mientras todos peleaban  
de ese pozo lo fié.

GRANER. ¿Qué decis?

CHACÓN. Industria fué  
que mis arbitrios alaban.  
Una petaca está llena  
de piezas, que dos arrobos  
pesarán. ¿Dos dije? y bobas.  
Depositelo en su arena  
que es poca el agua que tiene.  
Fácil será de sacar.

GRANER. ¿Quién por ello ha de entrar?

CHACÓN. Yo que lo escondi; aquí viene  
soga, que entrambos me atéis.  
(Ponen la soga en el carrillo del pozo.)

PEÑAF. Apicalda á la garrucha.

CHACÓN. No es menester fuerza mucha  
para que de mí tiréis,  
y de la petaca luego  
que también tiene un cordel.

PEÑAF. Bien dicho; ataos.

CHACÓN. (Atánle la soga á la cinta.) Peñafiel,  
tirar con tiento y sosiego,  
que es hondo, y en peña viva,  
no peligre la cabeza.

PEÑAF. Yo os aseguro esa pieza;  
entrad, que en volviendo arriba  
se hará la partija igual.

CHACÓN. Santiguome, lo primero.

GRANER. Buen ánimo.

CHACÓN. Andrés Granero,  
vuélvame Dios al brocal.  
(Vanle metiendo.)

GRANER. ¿Pues, tembláis?

CHACÓN. Miedos me ofenden  
de morir en años mozos,  
porque hay diablos monda pozos  
que no sueltan, aunque prenden.

PEÑAF. Hacerles la cruz.

CHACÓN. (De dentro.) Quedito.

PEÑAF. Asíos á los agujeros  
de alrededor.

CHACÓN. Compañeros,  
en oyendo el primer grito  
tirar aprisa, que puede  
darme un pasmo la humedad.

GRANER. Perded cuidado y bajad.

CHACÓN. ¡Fuego de Dios, cómo hiede!  
(Da un grito.)

¡Ay!

PEÑAF. ¿Qué es eso?

CHACÓN. ¡Ay!

GRANER. ¿Qué sentís?

CHACÓN. Tres diablos que de los pies  
me tiran.

GRANER. ¿Burlaisos?

CHACÓN. ¿Tres?  
Trescientos. ¡Ay! ¿Hola? ¿Oís?

Aprisa, tirar, tirar.  
 PEÑAF. ¿Y la petaca?  
 CHACÓN. Conmigo  
 va también; tirar os digo,  
 si no me queréis dejar  
 desde la cintura abajo  
 conventual de este pozo.  
 (Van tirando.)

GRANER. Mucho pesa.  
 PEÑAF. Será el gozo  
 mayor, si es oro.  
 CHACÓN. De cuajo  
 me arrancan las pantorrillas;  
 treinta diablos de los pies  
 me cuelgan, acabad, pues,  
 que ó son lagartos, ó anguillas,  
 ó duendes de estas cavernas.  
 (Llega arriba el medio cuerpo.)

PEÑAF. Libre estás, deja fatigas.  
 CHACÓN. Tirad, mas veréis las ligas  
 que me autorizan las piernas.  
 GRANER. ¡Jesús!  
 PEÑAF. El diablo es.  
 GRANER. ¡Qué feo!  
 PEÑAF. Fuego arroja.  
 PEÑAF. Huye, Chacón.  
 (Tiran hasta sacarle todo el cuerpo  
 hasta la garrucha y sale asido de sus pies  
 Castillo y huyen los tres y sale todo em-  
 barrado cara y manos, y atada una pe-  
 taca á la cintura.)

CHACÓN. ¿Y el oro?  
 PEÑAF. Será carbón  
 y duende suyo el que veo.

## ESCENA IX

CASTILLO.

Todo mal viene por bien;  
 la codicia me empozó  
 y ella misma me sacó  
 por siempre jamás amén.  
 ¡Oh Mamacoya bellaca!  
 ¿así rescatas maridos?  
 ¡creed en llantos fingidos...!  
 El cordel de la petaca  
 que el que huyó quiso sacar  
 y yo desde abajo así  
 al cuerpo me revolvi,  
 su peso les dió pesar;  
 que estaba llena de plata  
 y de oro los escuché;  
 no en balde al pozo bajé  
 ni mintió la Coya ingrata,  
 puesto que pensó burlarme;  
 guardémoslo, que es mi vida.  
 ¡Oh venturosa caída  
 que así supo levantarme!  
 ¡Oh monda pozos buscón,  
 que aunque no eres santo, sacas  
 del purgatorio petacas  
 como cuenta de perdón!  
 Pues ya tus sufragios gozo,  
 el pozo á escribir me obliga  
 una comedia que diga,  
 diga: «Mi gozo en el pozo.»

## ESCENA X

DON FERNANDO Y GONZALO PIZARRO.

FERNANDO.

Ya en Indias más seguras,  
 don Juan, (si malogrado  
 al mundo) al cielo flor que se traspone,  
 conquista luces puras  
 que no altere el cuidado,  
 la envidia eclipse, ni el pesar baldone.  
 Ya goza en quieta paz feliz tesoro,  
 ni en plata minas, ni en arenas oro.  
 Cenizas su sepulcro,  
 reliquias de las llamas  
 de su valor, no olvidos deposita.  
 Al elemento pulcro;  
 cuantas cenizas deja, tantas famas  
 vuelan, donde el temor no las limita,  
 que el polvo humano á las regiones sumas,  
 si es generoso llega, aunque sin plumas.  
 Allí privilegiado  
 de envidias y parciales,  
 ni competencias ni mentiras teme;  
 no idolatra al privado,  
 no adula tribunales,  
 donde la ingrata dilación blasfeme;  
 que porque el gozo sin pensión le asista  
 lo mismo le corona que conquista.  
 ¡Qué triunfos inmortales  
 no le ofrecen diademas,  
 que adquirió por sus hechos, por su fama,  
 cívicas y murales!  
 Las sienas le guarnecen ya suprenias  
 de encina y oro, de laurel y grama.  
 ¡Mil veces venturosa valentía  
 que á Dios el premio, no á los hombres, fial

GONZALO PIZARRO.

Mi hermano, aunque difunto,  
 vivirá eternamente  
 en el buril, pincel y en la memoria;  
 heroico siempre asunto  
 de historiador valiente,  
 nos deja en testamento esta victoria,  
 que supo, en fin, su no imitado acierto  
 dar vivo imperios y victorias muerto.  
 Pero ya que él descansa  
 y nosotros al daño,  
 al peligro, Fernando, siempre expuestos,  
 sin que la quietud mansa  
 permita en todo un año  
 dar en paz al arnés ocios honestos.  
 ¿qué es lo que aquí esperamos? ¿Qué adquiri-  
 (mos?)  
 si poco á poco, en fin, nos consumimos?  
 A la Corte española,  
 navegando dos mares,  
 te llevó la lealtad, no la codicia;  
 allí la augusta bola  
 doraste con millares  
 de barras que logró nuestra milicia,  
 ¿qué premios adquiriste?  
 ¿qué medras ó qué cargos nos trajiste?  
 Un pedazo de grana  
 te satisfizo el pecho,  
 cuando la sangre es tanta, que has vertido,  
 (ya herética, ya indiana)

que pudiera teñir á su despecho  
 cuantas Grecia á monarcas ha teñido.  
 Por cierto, ¡ilustre pago  
 la cruz (sin encomienda) de Santiago!  
 ¿Necesitaba de ella,  
 quien de la estirpe goda  
 puede al sol dar limpieza en la que crías?  
 Tu antigüedad, sin ella,  
 es tan inmemorial á España toda,  
 que en ti son siglos lo que en otros días.  
 ¿Qué calidad el César te acrecienta  
 si el hábito te ha dado y tú á él la renta?  
 Trújstele un dictado  
 á tu hermano: ¡gran cosa!  
 darle por ser Marqués, este hemisferio.  
 ¿Mide el globo romano  
 tierra tan espaciosa  
 como el Pirú, ó iguálata su Imperio?  
 ¡Marqués sin renta, bien podré decirlo,  
 es fantástico honor, Marqués de anillo!  
 Almagro sí que medra  
 (su agente tú en España)  
 dichas que compres caras algún día;  
 ese hijo de la piedra,  
 que más que ayuda engaña,  
 de Chile Adelantado y Señoría,  
 ¿él qué arriesgó? Seguro despensero,  
 si las vidas nosotros, su dinero.  
 Su interés premie Carlos:  
 por ti solicitadas,  
 ejecutorias, honras y favores,  
 que tú, sin negociarlos,  
 cuando nos persuadas  
 á empresas de más riesgos y más sudores,  
 podrás decirnos (para engrandecerlas)  
 que el más honroso premio es merecerlas.

FERNAN. Gonzalo, ¿cómo es posible  
 que el ánimo ós satisfaga  
 si, por el premio ó la paga,  
 hacéis el valor vendible?  
 Hasta este punto invencible,  
 ya os habéis afeminado,  
 que quien hace interesado  
 cuando de su esfuerzo fia  
 las hazañas, grangería,  
 mercader es, no soldado.  
 Hágase al plebeyo igual,  
 pierda de noble la ley,  
 quien á su Patria ó su Rey  
 le sirve por el jornal;  
 que el generoso, el leal,  
 el premio que ha de adquirir  
 es la fama hasta morir,  
 y ésta estriba en pretender  
 merecer, por merecer,  
 servir solo por servir.  
 Fui á España y á Carlos quinto  
 le presenté este Occidente,  
 y ya veis si del presente,  
 lo que se vende es distinto.  
 Cuanto esta zona, este cinto  
 ciñe, y abraza este mar  
 le di, no había de tomar  
 corta paga, á no ser necio,  
 que lo que no tiene precio  
 mejor se está sin premiar.

En Almagro el César doble  
 gobiernos, que ha de menester;  
 cobre él, como mercader,  
 sirvale yo, como noble.  
 De estéril laurel y robles  
 coronó la antigüedad  
 al valor y á la lealtad,  
 y de infructifera grama,  
 en prueba de que la fama  
 solo busca eternidad.

## ESCENA XI

Sale DON GONZALO VIVERO.—DICHOS.

VIVERO. Porfia hasta que nos vena  
 la fortuna siempre brava;  
 á penas un riesgo acaba  
 cuando otro mayor comienza,  
 Almagro y quinientos hombres,  
 por que tu fama aniquile  
 deja el gobierno de Chile,  
 y añadiendo alevos nombres  
 á su bajo nacimiento,  
 porque nos cree destrozados  
 en los peligros pasados,  
 toma con el Inga asiento  
 y se conciertan los dos  
 de echarnos de esta ciudad.

FERNAN. No creas de su lealtad  
 que, contra su Rey y Dios,  
 ejecute acción tan loca.

VIVERO. Porque en la fe no consista  
 certifiquete la vista.  
 Dice que el Cuzco le toca,  
 porque en la demarcación  
 de su gobierno se encierra;  
 ápercíbete á la guerra,  
 ó teme tu perdición,  
 porque con las cajas mudas  
 nos asalta descuidados.

FERNAN. Animo, pues, mis soldados,  
 satisfagamos sus dudas,  
 primero, con las razones,  
 y si éstas no le vencieren  
 las armas son las que adquieren  
 victorias contra traiciones.  
 Yo sé que si llevo á hablarle  
 le tengo de convencer.

G. Piz. ¿Para qué? Déte poder  
 y vuelve á España á premiarle;  
 que todo esto merecemos  
 pues dimos honra á un ingrato.

FERNAN. Gonzalo, no es ese trato  
 de vuestro valor; marchemos.  
 (Vanse.)

## ESCENA XII

Salen INDIOS, el INGA y JUAN DE RADA,  
soldado español.

INGA. Vuelve á leerme, español,  
 eso que escribe tu Almagro,  
 que no es el menor milagro  
 que debo á mi padre, el Sol;  
 pues si él, y los que le siguen  
 al Cuzco me restituyen,

y eternas paces concluyen  
que mis desgracias mitiguen  
mi esperanza conseguí.

RADA. Por tu ocasión ha dejado  
á Chile el Adelantado.

INGA. Débole infinito: di.

(Lee Rada la carta.)

Don Diego de Almagro, Mariscal Adelantado del Perú, á Mango Inga, Príncipe del Cuzco, salud, etc.

La amistad antigua que los dos hemos profesado, los desafueros que con Vuestra Alteza los Pizarros han hecho, el gobierno, que me pertenece, de esta provincia y el deseo de que vuestros indios os vean coronado, me saca de Chile, me guía al Cuzco, y me asegura la victoria contra nuestros enemigos. Aperciba Vuestra Alteza sus ejércitos, que yo avisaré á su tiempo, para que los dos en recíproca amistad poseamos este Imperio, muertos los que nos le estorban. El mensajero merece entero crédito y él informará por extenso lo que no fio de la pluma. Guarde Dios á Vuestra Alteza, etcétera. De mi campo á 10 de Mayo, año 1534.

El Adelantado.

INGA.

Si cumple esas promesas  
el español Almagro, sus empresas  
serán restauración de mi corona,  
y él el señor de nuestra indiana zona.  
Descansa en nuestro Tambo  
mientras los indios, junto de la sierra:  
y tú, primo Yucambo,  
entretanto que alisto á nueva guerra  
ejércitos sin suma  
tan numerosa, que al salir armado,  
flor á flor, yerba á yerba, cuente al prado,  
arena á arena el mar, y espuma á espuma,  
asiste á su regalo.

RADA.

El cielo te restaure al nuevo Imperio.

INGA.

Hágalo Almagro.

RADA.

Harálo,  
librándote del casi cautiverio,  
en que desposeído  
entre ásperas montañas te ha escondido.

(Vase.)

### ESCENA XIII

INGA.

¡Oh, amigos, oh, parientes!  
¡qué feliz ocasión, qué coyuntura  
nos ofrecen los hados ya dementes!  
A los Pizarros desterrar procuran  
Almagro y sus soldados.  
Ya véis, si los Pizarros son osados  
saldrán en su defensa,  
pelearán unos y otros,  
y, mientras cada cual victorias piensa,  
con engañosa prevención, nosotros,

después que se hayan entre sí asolado,  
las reliquias, que el miedo haya dejado,  
por nosotros desechas, fácilmente  
podrá la borla autorizar mi frente.  
No del Marqués (que en Lima  
ha un año que no sabe de su hermano)  
el asombro os oprima;  
socorrerá, si lo intenta, en vano,  
pues tomados los pasos y los puertos  
imitarán sus compañeros muertos.  
Seiscientos españoles perecieron  
que en diferentes tropas enviaba;  
porque el riesgo del Cuzco adivinaba,  
á vuestras manos bélicas murieron;  
que, aunque valientes, locos,  
¿qué han de poder contra infinitos, pocos?  
El Marqués, en efecto, desarmado,  
pues los soldados suyos ha perdido,  
y uno y otro español desbaratado,  
Almagros y Pizarros, redimido  
juzgo mi Imperio ya, que entré estos cerros  
hasta ahora lloró nuestros destierros.

### ESCENA XIV

Sale PIURISA, bizarra, con una lanza, que calada los  
detiene.—Dicho.

PIURISA. ¿A dónde volvéis cobardes  
que de la humana nación  
sois oprobio, sois injuria,  
sois afrenta, infamia sois?  
¿A dónde volvéis vencidos  
no del riesgo, del temor,  
que os pinta moscas gigantes,  
que el ciervo os vende león?  
Cuatrocientos mil salisteis,  
trescientos, no más, os dió  
la fortuna por contrarios,  
por vencidos la ocasión.  
¿Uno para mil, y os vencen?  
¿Y os preciáis hijos del Sol?  
¿Y os atrevéis llamar hombres?  
¿Y os blasonáis al valor?  
Mentís mil veces, infames,  
ni aun átomos os dignó  
el viento, que, á merecerlo,  
superfluos átomos son  
trescientos mil, si se juntan,  
para un pequeño escuadrón  
de humanos cuerpos, que mueren,  
que la tierra alimentó.  
Fingid rayos, que del aire  
bajaron, poniendo horror  
á los ojos con su vista,  
con su efecto al corazón.  
Decid que un hombre de acero  
sobre un bruto más veloz  
que del arco la saeta,  
que de la cuerda el harpón,  
nieve el uno, fuego el otro,  
desde la esfera bajó  
de esos páramos de luces,  
de ese lucido artesón;  
atribuidle prodigios  
á la espada, que segó  
cervices de ciento en ciento,

ellas espigas, ella hoz;  
que mientras el miedo os miente  
fábulas de torpe error,  
y despiertos las soñasteis,  
diré, con más verdad, yo  
que una frágil mujer pudo  
(para eterna confusión  
de vuestra naturaleza)  
causaros tanto temblor,  
que os asombró, desarmada,  
que su presencia bastó  
á que huyéndola, cobardes,  
os infame este baldón,  
pues, afeminados viles,  
si una mujer os causó  
tanto asombro, miedo tanto,  
tanto pasmo, mujer soy  
que estas montañas deliando;  
las que las viven, y yo,  
bastamos con vuestra afrenta  
á todo un mundo español.  
Volveos, cobardes, servildos  
como esclavos, pues no sois  
como hombres para vencerlos;  
llevad á cuestras desde hoy  
Yanaconas de sus damas,  
las andas en que su amor  
os transforme en simples brutos,  
incapaces de razón.  
Cultivades vuestros campos,  
coman de vuestro sudor  
regalos, que, á vuestros padres  
en herencia el cielo dió.  
Registrad en los abismos  
metales, que, con temor  
de la española avaricia  
huyeron de su ambición:  
daldos á cerros la plata,  
y de montón en montón  
el oro midan á fanegas,  
pues le idolatran por Dios;  
conceded á su apetito  
vuestras hijas, que algodón  
para sus ropas les tejan,  
é infamias para su honor.  
¿Vosotros sois descendientes  
de aquel celestial varón  
que á los planetas monarcas  
por padres reconoció?  
¿Vosotros al Sol eterno  
llamaréis progenitor,  
y á la Luna vuestra madre,  
del cielo antorchas las dos?  
No es posible, no sois Ingas,  
no sus hijos, hombres no,  
estatuas sí en forma humana;  
aparente imitación  
de lo que representáis,  
cuerpos sin alma y con voz;  
cobardes, aun no mujeres,  
que éstas estiman su honor.  
No imaginéis que estas tierras  
admitan la contagión  
de vuestra vil compañía,  
que aquí, el ánimo, el valor,  
la venganza, la fiera,  
generosa patria halló.

Aquí frecuentan sus riscos  
la real águila, el león,  
el tigre, el áspid, la sierpe,  
y cada cual vencedor  
si os comunican recelo  
que degene el blasón  
que los dió naturaleza,  
y en vosotros se infamó,  
no atreváis los pies un paso,  
retiráos; ó ¡vive el Sol!  
que os ensarte, como á peces  
en la lanza, mi rigor.  
¡Oh, belicoso prodigio  
de este imperio, emulación  
del esfuerzo y la belleza,  
miedo en uno, en otra amor!  
Despertónos asombrados  
el acento de tu voz,  
canoro bronce del cielo,  
de los mortales terror.  
Tanto la vergüenza puede,  
tanto espíritu infundió  
en nosotros la elocuencia  
de tu justa reprehensión,  
que á no templar esperanzas  
de coyuntura mejor,  
hoy nos previnieras triunfos  
ó fúnebres llantos hoy.  
Almagro es de nuestra parte  
y ofreciéndonos favor,  
marcha contra los Pizarros,  
de estos orbes confusión;  
déjale que asalte al Cuzco,  
salga su competidor  
vengativo, en su defensa  
desbarátense los dos,  
destrúyase el uno al otro,  
pues quedará el vencedor  
tan flaco, que sin peligro  
nos aplauda la ocasión.  
Y dame agora esos brazos.  
PIURISA. No los espere tu amor,  
mientras no me los bañares  
en sangre del español.

### ESCENA XV

Sale un INDIO.—Dichos.

INDIO. Albricias pido á estos pies,  
generoso emperador  
de estos orbes, que oprimidos  
los cielos restauran hoy,  
por las más felices nuevas  
que en la desesperación  
de un príncipe despojado  
jamás la piedad ferió.  
Almagro, que á la ciudad  
de tus padres fundación  
marchó en fe que á su gobierno  
blasona tener acción,  
fué recibido de paz  
de aquel Pizarro, que atroz  
parca ha sido de tus indios,  
de la envidia admiración.  
Tocaban á acometerse,  
pero un fraile, que al candor